



EL CAMARISTA ALVARADO.

I.

Era Don Manuel Roa uno de los más caracterizados vecinos del Valle de Santiago, así por los considerables bienes de fortuna, repartidos en magníficas haciendas ubicadas en los contornos de la población, como por sus ideas altamente patrióticas y progresistas, según lo demostró con actos meritorios de su vida llevados á buen fin, particularmente en los últimos sucesos que precedieron á la consumación de la Independencia.

Su casa, una de las principales de la localidad, se había distinguido siempre por las liberalidades de su dueño y por las frecuentes reuniones que en ella se verificaban entre los jefes de más nota del partido libertador, que se encontraban en puntos inmediatos al Valle, sosteniendo aún, con débiles fuerzas, aunque sobradas energías, la noble causa que por mucho tiempo defendieron en pro de los indiscutibles derechos de su país y ventura de sus afligidos pobladores.

Con la temprana muerte de los caudillos que iniciaron aquella lucha portentosa, el indulto á que varios cabecillas se acogieron por debilidad de carácter, poca firmeza en sus opiniones ó cobarde temor á las represalias del bando contrario, y la escasez de los elementos indispensables al desarrollo y buen éxito de las operaciones de la guerra, determinaron bien pronto la falta de unión y disciplina en los individuos y en las colectividades, decayó en grado sumo el

entusiasmo, la confianza de mejores días, y el genio poderoso de la libertad, que acompañando á Hidalgo y á Morelos, sirvióles de ariete formidable en los combates, plegó las alas é inclinó con tristeza la frente dolorida, como el águila simbólica de los sacerdotes indios del dios Huitzilopochtli al aproximarse á las costas mexicanas Hernán Cortés y sus compañeros de aventura.

Pocos eran los lugares en territorio de Nueva España donde mantenábase sin extinguirse el fuego del patriotismo, recordando los memorables acontecimientos de las Cruces y Cuautla, de Granaditas y el Veladero, y los terribles episodios que tuvieron lugar en Chihuahua y San Cristóbal Ecatepec. Algunos guerrilleros permanecían sin inmutarse, con el heroico valor y la salvadora fe de sus antecesores, en diversos puntos de la provincia de Guanajuato; y allá en las montañas del Sur, como el soberbio condor que desafía imperturbable los rigores de las tormentas, erguido sobre la abrupta roca de la cordillera de los Andes, el General Don Vicente Guerrero velaba por el porvenir de su nación abatida por interminable serie de acerbos padecimientos, como el genuino representante de los paladines de la libertad y de los héroes sin nombre, cuya sangre bienhechora, derramada en aras del más abnegado amor, elevábase á las regiones de la luz en demanda de justicia.

II.

En el mes de Abril de 1817, la presencia de un nuevo campeón en la boca del río de Santander vino á levantar el decaído espíritu de los insurgentes, y á dar impulso á la magna obra, objeto de tantos afanes, cuyos benéficos resultados parecían prolongarse por algún tiempo más, con grave perjuicio para México y sus futuras libertadas instituciones, que tendían al mejoramiento de las costumbres, á la libertad de los esclavos y á la perenne difusión de las luces redentoras de la ciencia en los cerebros entenebrecidos por larga y oscura noche de ignorancia y de infortunio.

El ilustre campeón, sobrino del héroe de

la Independencia española, Don Francisco Espoz y Mina, había conocido y tratado en Inglaterra al célebre sacerdote y Dr. Servando Teresa de Mier, y debido en gran parte á la buena amistad que con él lo ligaba, no menos que á la marcada simpatía que por nuestro país sintiera, hicieronle aceptar como suya la causa de una nación digna de mejor suerte por lo glorioso de su historia, lo extenso de su territorio, lo exuberante y rico de su suelo y la legendaria nobleza de sus pobladores.

Bajo muy buenos auspicios inició la campaña D. Francisco Javier Mina, manteniéndose en todas partes á la altura de su reputación como soldado valeroso y experto militar. "La buena suerte se manifestó favorable á Mina desde el momento que pisó las playas de la Nueva España—dice Don Niceto de Zamacois.—Bien acogido por los habitantes de Soto lo Marina, vió, con notable satisfacción, engrocadas sus filas con cien individuos que se alistaron voluntariamente, cuyo ejemplo siguieron otros cien que, como los primeros, le fueron siempre fieles y manifestaron su valor en los combates. También se le presentaron el Teniente Coronel de realistas Don Valentín Rubio y su hermano el Teniente Don Antonio que, como nacidos en la provincia, la conocían perfectamente, y proporcionaron excelentes caballos para el ejército. Mina, con este auxilio, formó un Cuerpo de húsares, además del Regimiento de dragones que estaba ya formado, incorporando en uno y en otro los reclutas del país, que tenían la ventaja de ser todos excelentes jinetes."

Una vez efectuadas las brillantes acciones que tuvieron lugar en diversos puntos de San Luis Potosí y Guanajuato, dirigióse Don Francisco Javier Mina al Valle de Santiago, en cuya población, por considerarla centro importante de las operaciones en el Bajío, estableció su Cuartel general, fijando su residencia en la hospitalaria casa de Don Manuel Roa, que, como dijimos antes, era uno de los más caracterizados vecinos de aquella localidad.

entusiasmo, la confianza de mejores días, y el genio poderoso de la libertad, que acompañando á Hidalgo y á Morelos, sirvióles de ariete formidable en los combates, plegó las alas é inclinó con tristeza la frente dolorida, como el águila simbólica de los sacerdotes indios del dios Huitzilopochtli al aproximarse á las costas mexicanas Hernán Cortés y sus compañeros de aventura.

Pocos eran los lugares en territorio de Nueva España donde manteníase sin extinguirse el fuego del patriotismo, recordando los memorables acontecimientos de las Cruces y Cuautla, de Granaditas y el Veladero, y los terribles episodios que tuvieron lugar en Chihuahua y San Cristóbal Ecatepec. Algunos guerrilleros permanecían sin inmutarse, con el heroico valor y la salvadora fe de sus antecesores, en diversos puntos de la provincia de Guanajuato; y allá en las montañas del Sur, como el soberbio condor que desafía imperturbable los rigores de las tormentas, erguido sobre la abrupta roca de la cordillera de los Andes, el General Don Vicente Guerrero velaba por el porvenir de su nación abatida por interminable serie de acerbos padecimientos, como el genuino representante de los paladines de la libertad y de los héroes sin nombre, cuya sangre bienhechora, derramada en aras del más abnegado amor, elevábase á las regiones de la luz en demanda de justicia.

II.

En el mes de Abril de 1817, la presencia de un nuevo campeón en la boca del río de Santander vino á levantar el decaído espíritu de los insurgentes y á dar impulso á la magna obra, objeto de tantos afanes, cuyos benéficos resultados parecían prolongarse por algún tiempo más, con grave perjuicio para México y sus futuras libérrimas instituciones, que tendían al mejoramiento de las costumbres, á la libertad de los esclavos y á la perenne difusión de las luces redentoras de la ciencia en los cerebros entenebrecidos por larga y oscura noche de ignorancia y de infortunio.

El ilustre campeón, sobrino del héroe de

la Independencia española, Don Francisco Espoz y Mina, había conocido y tratado en Inglaterra al célebre sacerdote y Dr. Servando Teresa de Mier, y debido en gran parte á la buena amistad que con él lo ligaba, no menos que á la marcada simpatía que por nuestro país sintiera, hiciéronle aceptar como suya la causa de una nación digna de mejor suerte por lo glorioso de su historia, lo extenso de su territorio, lo exuberante y rico de su suelo y la legendaria nobleza de sus pobladores.

Bajo muy buenos auspicios inició la campaña D. Francisco Javier Mina, manteniéndose en todas partes á la altura de su reputación como soldado valeroso y experto militar. "La buena suerte se manifestó favorable á Mina desde el momento que pisó las playas de la Nueva España—dice Don Niceto de Zamacois.—Bien acogido por los habitantes de Soto lo Marina, vió, con notable satisfacción, engrocadas sus filas con cien individuos que se alistaron voluntariamente, cuyo ejemplo siguieron otros cien que, como los primeros, le fueron siempre fieles y manifestaron su valor en los combates. También se le presentaron el Teniente Coronel de realistas Don Valentín Rubio y su hermano el Teniente Don Antonio que, como nacidos en la provincia, la conocían perfectamente, y proporcionaron excelentes caballos para el ejército. Mina, con este auxilio, formó un Cuerpo de húsares, además del Regimiento de dragones que estaba ya formado, incorporando en uno y en otro los reclutas del país, que tenían la ventaja de ser todos excelentes jinetes."

Una vez efectuadas las brillantes acciones que tuvieron lugar en diversos puntos de San Luis Potosí y Guanajuato, dirigióse Don Francisco Javier Mina al Valle de Santiago, en cuya población, por considerarla centro importante de las operaciones en el Bajío, estableció su Cuartel general, fijando su residencia en la hospitalaria casa de Don Manuel Roa, que, como dijimos antes, era uno de los más caracterizados vecinos de aquella localidad.

III.

Desde entonces ligaron á Don Manuel los más estrechos vínculos de amistad inquebrantable con el joven caudillo que hoy figura en el puesto de honor reservado á los héroes y á los redentoras del suelo mexicano; y el amor, ese culto sublime de las almas, esa pasión avasalladora que atrae un sexo al otro sexo y funde en una la vida de dos corazones, hirió con sus dardos al guerrero y á la hija de Don Manuel, Doña Rita Roa, de tal manera, que el matrimonio hubiérase verificado, si la muerte no sorprende en plena juventud la carrera de triunfos y desvelos del infatigable soldado y meritísimo General.

En la casa de Don Manuel firmó Mina la célebre circular de 14 de Septiembre de 1817 invitando á los Comandantes de los Cuerpos independientes del Bajío para la defensa del fuerte custodiado por el padre Torres, circular que encierra, entre otras, las siguientes bellísimas palabras:

—“Vamos, pues, mis nobles compañeros de armas, vamos á libertar á nuestro General y á enervar los últimos esfuerzos del enemigo. Conseguida esta victoria, se destruyen todos sus planes, se paralizan sus débiles Cuerpos militares, y se aproxima la libertad de toda la América.”

A cuatro kilómetros del pueblo del Jaral se encuentra la hoy Congregación de Santa Rita de la Zanja, donde por algunos años vivieron los Generales Don Pedro y Don Luis de Cortazar, personajes que desempeñaron importante papel en el segundo período de la guerra de Independencia, y más tarde, en el Gobierno de la República. A ese lugar, y una vez que hubo expedido el documento anterior, dirigióse Don Francisco Javier Mina, librando reñido combate con el destacamento de Don Antonio Alvarado, Teniente del Regimiento de Celaya, el 16 de Septiembre, y decidiéndose la acción por los realistas el 17 del propio mes, gracias al oportuno auxilio del Capitán Don Manuel de La Madrid.

En ese ataque murió Don Trinidad Magaña, uno de los jefes más notables del par-

tido insurgente, y se distinguió entre los realistas, por su arrojo y valentía, el indígena anciano conocido con el nombre de “Tío Tarramplán.”

Vuelto al Valle de Santiago, reúne Mina en la casa de Don Manuel Roa á Magaña, los Vargas, Andrés Delgado, Ramírez, Salmerón y otros Comandantes del bando insurgente; les habla con entusiasmo de su venida á México, del futuro glorioso de la patria, de la entereza del soldado en los días de tribulación, de la próxima campaña en favor del padre Torres, que será preludio de felices acontecimientos.

En lo mejor de la plática, óyese á lo lejos el estampido de una arma de fuego, y la conversación se interrumpe como por encanto.

Después de algunos instantes de silencio, el Comandante Magaña se dirige á Mina y le habla en estos términos:

—Señor General, salgamos presto, no hay momento que perder; el camarista Alvarado nos anuncia que el enemigo se presenta por el rumbo de Salamanca.

Abandonan todos el lugar de la reunión y el caudillo alista su gente en los terrenos que ahora ocupa la Alameda, dispuesto á defenderse á todo trance, cualquiera que sea el número de sus adversarios; pero como pasan las horas y nadie viene á turbar la calma de la población, regresa el General Mina á su alojamiento y allí vuelven á reunírsele sus compañeros.

—¿Qué ha sucedido?—les pregunta con enojo.—¿A qué hacerme perder el tiempo en ridículas esperas, si al fin ninguna novedad se ha registrado?

—Señor—le responde alguno,—el camarista ha sufrido una equivocación; sin embargo, hay que agradecerle sus buenos servicios.

—¿Quién es ese camarista y qué tiene que ver lo del disparo con la proximidad de nuestros contendientes?

—Señor—le dice Magaña,—el camarista es un pobre indio de raza pura, enemigo acérrimo de los realistas y entregado en cuerpo y alma á nuestros ideales; su nombre es Juan Alvarado; dedícase al obraje, y con

el producto de su labor sostiene humildemente numerosa familia. Desde hace tiempo, acostumbra levantarse temprano; su mujer, Josefa Peña, le prepara el alimento indispensable, mientras él arregla su "camarita" y compra la pólvora suficiente; encaminase después á la Alberca, (*) y allí se esconde durante el día en una pequeña gruta que le permite examinar con detenimiento los alrededores del Valle: si nota que los contrarios se acercan por el rumbo de Salamanca, dispara una sola vez; si lo efectúan por la hacienda de la Zanja, los disparos son dos; tres, si vienen por el camino de la Magdalena, y cuatro si se aproximan por el de Parangueo.

—Ya verá usted—agregó el guerrillero,— que con estas señales, fácilmente podemos distribuir nuestros hombres y preparar la defensa con toda calma y con el mayor sigilo.

Maravillado quedó Mina al oír la relación que de los hechos del indio Juan acababa de hacerle el insurgente; como por encanto desapareció el mal humor de que al principio diera evidentes muestras el joven caudillo, quien pidió mil perdones á sus compañeros, los invitó á cenar en compañía de Don Manuel y les rogó invitasen también en su nombre al camarista, pues deseaba conocer personalmente á un individuo que, no obstante su ignorancia y lo humilde de su cuna, abrigaba en su corazón tan generosos sentimientos reveladores del más puro y desinteresado patriotismo.

IV.

Por la noche, y en el hogar de la familia Roa, efectuóse la presentación del centinela de la Alberca, y Don Francisco Javier Mina tuvo oportunidad de comprender toda la nobleza y todo el talento que las frases del camarista demostraban al hablar con extraordinario júbilo y suma entereza de los heroicos defensores de su país y del triunfo de la buena causa, basado en los auxilios

(*) Depósito permanente de agua, que ocupa el cráter de un volcán apagado.

de la Providencia y en los fueros del valor.

El General Mina abrazó efusivamente al camarista, le prodigó todo género de alabanzas por sus actos meritorios, y cuando le manifestó sus deseos de que aceptase una buena suma de dinero como recompensa á sus labores y para subvenir á sus apremiantes necesidades, Juan rechazó agrado la oferta, diciéndole:

—No, señor amo. Todo lo que he hecho y seguiré haciendo en bien de mis hermanos, me nace del corazón y lo considero un deber de los más sagrados para mí. ¡Libreme Dios de aceptar por semejantes servicios una remuneración! Yo soy pobre, y con mi trabajo apenas puedo mantener á mi familia; pero sé muy bien que la Providencia nunca desampara á sus hijos; ella se encargará de premiar mis acciones, si premio merecen, y no me dejará morir de hambre.

Tan elocuente contestación no daba lugar á réplica de ninguna especie.

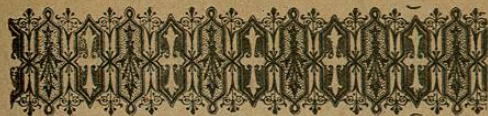
El 11 de Noviembre de 1817, la sangre de Don Francisco Javier Mina derramábase sobre el crestón del cerro del Bellaco.

La existencia del héroe tenía un fin glorioso: el fin que está reservado á los benefactores de la humanidad.

La Historia justiciera podía honrar sus mejores páginas, escribiendo en ellas, con caracteres diamantinos, el nombre y los hechos de aquel nuevo mártir de nuestra emancipación política, que bajaba al sepulcro en la primavera de la vida.

El indio Juan sobrevivió por mucho tiempo á la muerte de su protector y amigo; tuvo el inefable gozo de ver á su patria libre y en camino de conquistar un porvenir de calma.

La pobreza no dejó de llamar un solo día á la puerta de su casa, como la inseparable compañera de aquel hogar honrado y lleno de recuerdos de felicidad; pero el camarista no temía á las garras de la miseria; la Providencia nunca desampara á sus hijos; ella premiaría las buenas acciones del amigo de los insurgentes y no dejaría morir de hambre á los suyos.



RITA PEREZ DE MORENO.

I

La historia de nuestra independencia es fecunda en acontecimientos notables, y el narrador no tiene que hacer grandes esfuerzos para dar colorido á los cuadros que se proponga trazar. El interés está en los mismos acontecimientos, su lectura conmueve, y después de posesionarse de escenas tan variadas como reales, se tiene que convenir en que México, como otras naciones, ha sabido ser grande y engrandecerse á la sombra de sus héroes.

El tipo que vamos á presentar es digno de admiración. La señora Pérez de Moreno fué esposa de uno de los más entusiastas defensores de nuestra Independencia, á quien cupo la gloria de pelear y sucumbir al lado del valiente español Mina.

Hoy que España ya no es para nosotros sino una hermana noble y cariñosa; hoy que ella misma se gloria de que seamos independientes después de deberle lengua, religión y costumbres, justo es que ella también conozca el mérito de los que en tiempos aciagos tenían sobre sí un anatema injusto, debido á intransigencias propias de los que entonces no conocían la grandeza del pensamiento que animaba á los que, sin embargo de sentir correr por sus venas sangre española, comprendían toda la magnitud de la obra de emancipación.

Don Pedro Moreno, rico hacendado y comerciante de Lagos, abrazó con la abnegación y patriotismo dignos de un suliota ó de un hijo de Asturias, la causa de la Inde-

pendencia proclamada en Dolores, el 16 de Septiembre de 1810, y secundada por multitud de caudillos que se consagraron á ella con verdadera fe.

Resuelto á afrontar todos los peligros y azares de una campaña tan dudosa como sangrienta, "escribió á su esposa doña Rita, haciéndole saber su decisión y dejándola en libertad para que optara entre acompañarle ó quedarse con sus hijos." (*)

La disyuntiva era terrible para una esposa amante y una madre tierna, y las luchas que su espíritu debió sostener antes de tomar una resolución conforme á su conciencia, según su mismo esposo le decía, deben haberle parecido superiores á sus fuerzas físicas y á su valor moral. La guerra con todos sus horrores debió presentarse á su imaginación de mujer, más terrible aún, puesto que en ella iba á tomar parte su esposo, el padre de sus hijos, y al hacerlo, apelaba al cariño de la madre y de la esposa, probando al mismo tiempo el temple de alma de la que unida á él por vínculos sagrados, debía participar del gran pensamiento que animaba el corazón del héroe.

Doña Rita leyó conmovida la carta de su esposo, y por toda contestación se trasladó á la hacienda de la Saucedá, propiedad de don Pedro, para conferenciar con él y decirle que ella, sus hijos y criados, estaban resueltos á seguirlo. Arreglada la manera de trasladarse á donde el deber llamaba al guerrero, volvió doña Rita á Lagos, y con el sigilo necesario dispuso la marcha, quedando á los pocos días expedita para irse á reunir con su esposo.

Los terrores estaban vencidos, la abnegación había triunfado de la timidez femenina, y la mujer fuerte se levantaba sobre las preocupaciones de su sexo vislumbrando allá en lontananza el sol de la libertad.

Pudiera creerse que la idea de la inseguridad y persecuciones á que quedaba expues-

(*) Estudios del doctor Rivera, Cap. IV., pág. 19. Véase adelante, en este mismo tomo, el artículo intitulado "Moreno y Mina en el Fuerte del Sombrero."

ta la familia, dado el carácter que la guerra había tomado para los partidarios de la Independencia, fué la que obligó á doña Rita á partir con su esposo los peligros y trabajos de aquella campaña tan dudosa en buen éxito para los independientes; pero esto no es probable, porque la posición de don Pedro le permitía poner á su familia á cubierto de todo, trasladándola fácilmente á lugares que le ofrecieran garantías y toda clase de seguridades en sus personas. Pero no fué así; la mujer quiso participar de la suerte próspera ó adversa del marido; la madre quiso que sus pequeños hijos aprendieran desde entonces á amar y á defender á la patria. ¡Rasgo noble de la esposa, heroico valor de la mujer, abnegación sublime de la madre!

II

El martes de Pascua de 1813, don Pedro Moreno estaba rodeado de su familia y de sus amigos en la hacienda de la Saucedá y el "miércoles á la cabeza de los varones de su familia, de muchos vecinos notables de Lagos, de todos los rancheros de su hacienda y otras inmediatas; declaró que tomaba las armas en favor de la Independencia. Esposo y esposa, padres é hijos, hermanos y hermanas, amos y criados, anduvieron juntos en la campaña, aconsejándose, sirviéndose y consolándose mutuamente en medio de las vicisitudes y grandes trabajos de la guerra y llorando sobre los de la familia que morían." (1)

Si éste no es verdadero patriotismo, debe borrarse tal palabra de las columnas del Diccionario.

El Fuerte del Sombrero, edificado en el cerro del mismo nombre, distante seis leguas de León, y once y media de Lagos, (2) fué el centro de operaciones del valiente Moreno, y allí residía con su familia en los días que sus peligrosas expediciones permitían que estuviese.

(1) Rivera, obra citada.

(2) Rivera, obra citada.

Una mujer y sobre todo una madre, tiene delicadezas propias de su sexo y condiciones, que contrastan notablemente con las fatigas, los azares y las privaciones de una vida aventurera y rodeada todos los días y á todas horas de peligros.

Comprendiendo, como dice el señor Rivera, que la más pequeña de sus hijas (Guadalupe), no podía, por su tierna edad, pues sólo contaba año y cuatro meses, (*) resistir los trabajos de la guerra, resolvieron sus padres dejarla al sacerdote don Ignacio Bravo, violentando su cariño paternal.

Doña Rita inauguró una vida de sacrificios con el de separarse de su hija, dejándola en manos extrañas y sintiendo que con ella dejaba el primer girón de su alma, entre las malezas áridas y punzantes que llenaban el camino del martirio. Pero sus lágrimas se enjugaron y su corazón se sobrepuso á la ternura exteriormente, para dar el primer ejemplo de valor á los que la rodeaban é iban á partir con ella la vida del campamento.

Difícilmente podría nuestra pluma interpretar con los vivos colores que merece, el cuadro de dos años y medio de activa campaña á que asistió doña Rita y que los historiadores, entre ellos el señor Rivera, han descrito con la elocuencia filosófica que se desprende de la verdad. Asaltos, derrotas, triunfos, esperanzas, desengaños, hambre y penalidades, pusieron á prueba el corazón de aquella matrona que era el ángel de caridad y la mujer valerosa, la dulzura en la desgracia y la fortaleza en el triunfo. Más de una vez se le vieron rasgos de noble clemencia con los vencidos, y un absoluto desprendimiento con sus compañeros. ¡Era esposa y era madre!

III

La posición de los independientes se había hecho muy difícil, porque el fuerte del Sombrero era una terrible amenaza para el gobierno virreinal, y éste resolvió concluir de una vez con ese titán que le disputaba

(*) Rivera, obra citada.

el poder en medio de la salvaje naturaleza de aquél lugar.

Tras un sitio de 18 días en que apuró doña Rita, en unión de sus hijos, todos los horrores del hambre y de la sed, todos los espectáculos más sangrientos y desconsoladores y toda la desventura de su crítica situación, llegó el día 19 de Agosto, día destinado para romper el sitio después de haber rehusado la capitulación aquel puñado de valientes.

Algunas noches antes de este día, habían salido del Fuerte de una manera estratégica, las hermanas de don Pedro y algunas otras personas que se aventuraron á descargarse por entre las peñas, amarradas de la cintura con unas sogas de cáñamo añadidas, para que alcanzaran á lo más plano del cerro. A doña Rita se le propuso igual cosa, para ella y sus hijos, pero rehusó admitirlo, haciendo de esa manera el más completo sacrificio. ¿No estaban allí su esposo y aquellos pedazos de su corazón? ¿No estaba su mundo allí, en la cumbre de aquella montaña escarpada y gigantesca? ¿No había abandonado las comodidades del hogar por las privaciones del campamento? ¿Había de huír en los momentos de mayor peligro sin saber la suerte que corriera su esposo? Ella, que había visto muchas veces suspendida la guadaña de la muerte sobre su cabeza, quería esperar también su terrible golpe sin separarse del núcleo familiar de los que le eran tan caros.

Resuelto el rompimiento del sitio, se esperó la noche con esa muda ansiedad que producen las grandes luchas y las grandes decisiones. A favor de la obscuridad emprendieron los sitiados la marcha; pero sea por imprudencia ó sea por descuido, las mujeres y los niños caminaban delante del pequeño ejército, y pronto los gritos de los segundos dieron á los sitiadores la voz de alarma y al mismo tiempo la de confusión, carnicería y desorden para unos y otros. Antes de ésta salida, había tenido lugar la despedida de don Pedro y su esposa, quienes no volverían á verse más. "La despedida de Moreno no fué entre abrazos y sollozos como la de Coriolano de su venerable madre,

sino con aparente indiferencia, los ojos enjutos y el corazón patriota hecho pedazos, como la despedida de Régulo de su esposa y de sus pequeños hijos." (*) Pero, ¿podremos decir lo mismo de doña Rita? No; ella sabía por su instinto de mujer que pronto quedarían sus hijos sin padre y ella sin esposo; su corazón se lo decía, y al pensarlo las lágrimas anudaban su garganta como un dogal, impidiéndole el uso de la palabra. ¡Ah! pero en aquél mudo y dilatado abrazo, en aquellos sollozos contenidos, en aquellos labios contraídos por el dolor: ¡Cuánta elocuencia, cuánta protesta de amor, cuánta dicha sacrificada en el altar de la patria!

IV

Pasados los terribles momentos de estupor por la sorpresa, cada uno pensó en salvarse aun á costa de la vida, y en efecto, unos lograron hacerlo, y otros perecieron en medio de la matanza. Don Pedro fué uno de los primeros, y doña Rita que no pudo seguirlo, se retiró al Fuerte con los que quedaron á su lado. "En la mañana del 20 de Agosto, dice el historiador, cuando el ejército sitiador comenzó á subir á la cumbre del cerro del Sombrero, precedido por las trompetas, la matrona, sentada en su casa, rodeada de sus hijos, dos criadas y dos criados, esperaba con ánimo varonil el destino que le deparaba la Providencia."

Doña Rita fué conducida á León con todos los demás prisioneros, y una vez en esa ciudad, después de sufrir algunas vejaciones de personas que antes se habían inclinado ante ella, y á las cuales había tratado con el caritativo y noble desinterés que acostumbraba, fué conducida á la cárcel pública con sus hijos y sirvientes. Algún tiempo después, personas influyentes lograron del virrey Apodaca, que fuese doña Rita trasladada á Silao, dándole la ciudad por cárcel; entonces con alguna libertad, pudo recibir de su esposo cinco cartas que le escribió desde su separación hasta su muerte, cartas que

(*) Rivera, obra citada.

siempre llevaba dentro de una "bolsita de raso en forma de corazón y atada al cuello." Por la última puede comprenderse toda la ternura del amor de los dos esposos; amor lleno de esa paz matrimonial tan pura y santa, pero combatido por terribles luchas de las que debía resultar alguna víctima. Hé aquí esta carta copiada de la obra del señor Rivera:

"Te escribo para que sepas que estoy bueno, y con la vista de mis letras depongas toda idea funesta, que sólo podrá originarte alguna enfermedad. Da mil abrazos á L. y otros tantos á M.—Tu C. P."

Puede decirse que ésta carta fué el último adiós de don Pedro, á la noble y valerosa mujer que no pudiendo ya seguirlo, se conformó con vivir para sus hijos y amar con más vehemencia al que pocos días después de haberle escrito, caía atravesado por las balas enemigas, víctima de la traición de un soldado cobarde.

Doña Rita lloró la muerte de su esposo y perdonó á los matadores; su interesante vida se prolongó hasta los 82 años, y en su viudez tuvo consuelos y satisfacciones que, si nó borraron de su alma la memoria querida de su esposo, sí atenuaron el dolor, prestándole vida para dedicarse exclusivamente al cuidado de sus hijos, entre los cuales murió, dejando el recuerdo imperecedero de su valor y de sus virtudes y un nombre grande y sin mancha en las páginas de nuestra historia contemporánea.

ANTONIO DE P. MORENO.

México, Marzo de 1886.